

Los barberos

Pilar Sarto Fraj y Pilar Villarroya Bullido
Fotografías del archivo de la familia Loscos y del CELAN



Barbería de Pablo Loscos Burillo, en Alloza.

Ser barbero, otro oficio que hace ya tiempo dejó de existir como tal, las máquinas eléctricas los fueron poco a poco relegando al olvido y pasaron a llamarse peluqueros.

En **Alacón**: Doroteo Alquézar Lázaro, en la Costerilla, junto al Planillo; Francisco Andreu Burillo, que ejerció hasta su jubilación en 1969 y su hijo, Francisco Andreu Burillo, que continuó hasta su muerte, en 1999.

En **Andorra**: en la calle Mayor 2, la de Francisco Félez Blasco, frente a la iglesia; y la de Gayán. En la calle de la Fuente, la del tío Rito, el tío Agustín el Vivo y la de Bielsa. En la calle Aragón, la de Arcadio (padre e hijo), esquina con la plaza de la Iglesia, y la de los Dracos, frente al museo. En la actual Ramón y Cajal, la de Mauricio. En la calle Baja, la de Fabio el Mudo y en la Carretera, Los Mansicos, de Jesús Gracia.

En **Ariño**: los hermanos Juanito, José y Manuel Blesa, en la actual calle que lleva el nombre del tercer hermano. José Izquierdo y Luis Blesa, en las Cuatro Esquinas, al lado del salón parroquial. Ulpiano Gracia, que era barbero, cartero y lucero.

En **Crivillén**: Joaquín Moreno Belmonte, con la barbería en el bar del Bulle. Don José el practicante. Teodoro, en la calle de la Iglesia, y su aprendiz Pedro Lecina. El tío Valentín en la plaza del Horno y Alfredo, que le compró el sillón y puso la barbería, en el cantón.

En **Ejolve**: Pablo Michela.

En **Estercuel**: el Chato el Barbero, en las Cuatro Esquinas, justo debajo del bar, de propiedad de la familia. La proximidad de ambos negocios fue un factor estratégico, convirtiéndose en un punto clave de encuentro eminentemente masculino que permitía coger la vez para afeitarse y esperar tranquilamente jugando al guiñote o tomando alguna copa en el bar, donde era avisado al llegar su turno. La barbería estaba totalmente empapelada con imágenes de jugadores de fútbol y las ventanas eran un escaparate privilegiado para observar el ir y venir de las gentes del pueblo.

En **Gargallo**: en torno a 1950, Isidro García, que tenía la barbería en su propia casa, en la plaza de la Fuente, 10; y Ponciano Irazo, en la calle Baja, 8.

En **Oliete**, en 1916, con la denominación de barberos había 2 oficiales: Miguel Alberó Oliete, que ejercía en un local de la plaza de la Iglesia, y Juan Bautista Espín García, que lo hacía en la calle Mayor. En el año 1932 había tres barberos: Miguel Alberó Oliete, Tomás Nebra Rodrigo y José Abad Gimeno (hasta su jubilación en la década de los 50). En la década de los 40 se unen Miguel Blasco Magallón y Julio Pastor Alfonso. En la matrícula industrial de 1946, los barberos pasan a denominarse peluqueros, apareciendo en la misma matrícula una peluquera de señoras. En el año 1947 se incorporó Miguel Laudo Villuendas, que continuaría hasta finales de la década de los 50. En 1958 se incorporó Alfredo Andreu Burillo; pronto se quedó solo, ejerciendo el oficio hasta su jubilación en 1998. El material se lo compraba a Camilo Carballo, propietario de la Cuchillería San Gil, uno de los mejores vaciadores de la península.

En **Alloza**, en el año 34 había tres: la de Modesto Baeta, la de Felipe Félez Baeta y la de Pablo Loscos Burillo, nacido en 1929, con quien hablamos largo y tendido. Es la tercera generación de barberos y la cuarta, si tenemos en cuenta que su hijo continúa el oficio en Andorra. Como las informaciones son similares, nos basamos en lo que él nos va contando:

El padre de Pablo Loscos había vuelto de Barcelona con otras ideas, tanto en utensilios como en formas de cortar el pelo, con la peculiaridad de que también peinaba a las mujeres, a lo *garçon*. Instalaron un depósito de rocalla en el que depositaban tres viajes de agua y por una canaleta bajaba al lavabo y de allí al corral, ¡tenían agua corriente! Su maestro fue su padre; con 9 años empezó a ayudarlo "a remojar las barbas y a prepararlos para que mi padre entrara con la navaja". Con 11 años afeitó a Manuel, un

cliente habitual, lo hizo bien y, como se había arriesgado, no le cobraron el afeitado.

El abuelo tenía la barbería en la calle Hospital, su padre en Afueras de San Roque y él en tres locales: en la calle Mayor en el 3 y en el 6 y en la plaza España 9, hasta que se jubiló. En este último lugar, tal como se ve en una de las fotos, tenía dos sillones americanos, modernos, tres lunas (espejos), el lavabo, dos sillones para sentarse y estanterías entre las lunas con todo el material.

Se afeitaba y se cortaba el pelo en la barbería. Los de los mases de Crivillén acudían a la peluquería de su padre y a la suya. Solo se iba a las casas si había alguien enfermo (se utilizaba otra navaja y alcohol para desinfectar).

Se ponía una señal, como cartel anunciador...: su abuelo tenía la bacinilla, su padre unos yelmos en pequeño, él ya utilizó el dispositivo rojo, blanco y azul que giraba.

Pablo, además de barbero, desempeñó muchos oficios: agricultor, minero (cuatro años en la mina Oportuna, en realces), operador de cine, banquero (corresponsal del Banco Central), persianero y cortinero (en Andorra, Estercuel y Monroyo), repoblador de pinos y un poco psicólogo.

Utensilios del oficio

Máquina de cortar el pelo. De los cuatro ceros, del cero y del uno. Tenían unos peines como suplementos y con una palanca se podía regular el corte.

Forma de cortar: se pasaba la del uno, luego el peine y la tijera, luego la del cero y se terminaba con los cuatro ceros. Con la navaja se afeitaba la patilla y el contorno del pelo por detrás de las orejas. Y también a tijera. Se estilaba cortar el pelo a la *parisien*.

Peine. Se utilizaba uno para "espuntar" y otro para "rebajar". Algunos tenían la mitad fina, para igualar el cuello, para no hacer escaleras; y la otra mitad más ancha, para igualar la parte de arriba. Eran blancos y negros, de un material flexible, como de hueso, tan finos y tan bien hechos que no se tronzaban.

Tijeras. Se las traían unos amigos de Francia y de Alemania, porque eran las mejores. Había unas dentadas, para descargar el pelo.

Navajas. Eran de acero, alemanas, de Soringen, de Guillermo y Germán Ope, "los Muñecos". La mayoría se cortaban el pelo con máquina y luego se despuntaba y afinaba con la tijera y con la navaja para el cuello y las pelusillas.

El uso más propio de la navaja, y lo que da nombre al oficio, es el de afeitar la barba. Los peones, que sudaban mucho y luego se lavaban en la fuente, eran los mejores para afeitar porque tenían la barba "blandica". Los yesaires eran los peores porque el jabón no corre, a medida que les vas dando, se va. Muchos acudían directamente del trabajo a afeitarse, sin lavar.

Cuando se ponían muy recias (por mucho tiempo en uso), se llevaban a vaciar a Zaragoza, a la calle Pignatelli, esquina Ossau. El vaciador era gallego, Canuto, y lo conoció en el ejército.

Suavizador. Mango con varas de metal y un cuero alrededor; al darle vueltas se pone tirante y allí se da unas pasadas con la navaja para afilarla.

Brocha para dar el jabón. De pelo de caballo, tenía una parte fija y otra que se enroscaba.

Jabón. Se compraba por kilos a los viajeros y se pasaba a un recipiente; con una cuchara pequeña se ponía en la brocha.

Taza. Pieza de metal en la que se echaba el agua caliente necesaria para el afeitado.

Bacinilla o yelmo de Mambrino. Pieza de metal, redondeada, con un escote, que se ponía en el cuello para dar jabón y que lo que caía se recogiera en ese recipiente. La utilizaba su abuelo, como la de don Quijote de La Mancha.

Babero. Cuadro de tela de algodón blanco, que se pone alrededor del cuello para afeitar, y a veces se ponía un papel fino en el cuello, para que no entrara pelo. Para cortar se utilizaba otra tela más recia, una especie de bata en la que se metían las manos por delante.

Pelero. Utensilio de metal, con un papel, donde se iba dejando el jabón del afeitado y limpiando la navaja.

Cepillo. De madera, con un mango alargado y al final con pelo, servía para retirar los pelos cortados. También tenían otro para la ropa.

Pulverizador. Al terminar el afeitado, se pulverizaba el agua y a algunos se les pasaba una piedra.

Lápiz cortasangre. Para cicatrizar las pequeñas heridas.

Polvera. Contenía polvos de talco, que se ponían en el cuello antes de cortar.

Masaje. La mejor loción para el masaje era Floid.

El sillón de afeitar. Tenía uno de madera, que su padre trajo de Barcelona en 1933, que giraba para “buscar la luz”. Se colgaban dos candiles de aceite en los espejos, que aumentaban la luminosidad y permitían cortar y afeitar.

Formas y cuantía de pago en la barbería. Organización del trabajo

El abuelo tenía abonados y en una caña de madera se hacía una muesca para cada afeitado. Cuando pasaban cuentas, en algunos lugares para San Miguel, lo hacían por trueque, a cuenta de trigo, aceite o huevos.

Posteriormente, al contado. El corte de pelo y el afeitado, después de la guerra, valía 4 o 6 pesetas. Las tarifas de peluquerías de caballero, según consta en el documento del Sindicato Provincial de Actividades Diversas de Teruel (abril de 1965), que se conservan en la peluquería de Alacón, indican que el corte de pelo largo de caballero era de 15 pesetas y el corte de pelo al rape, 10 pesetas, cantidad que Andreu rebajaba a 12 y 8 respectivamente. El afeitado era 4 pesetas, si era con arreglo de cuello 10 y con arreglo de bigote 6. El corte de pelo largo de niño eran 10 pesetas y si era a tijera 14 y el corte de pelo a la *parisien* 12.

En los años 50 la gente se afeitaba dos veces a la semana, pero lo habitual entre los mayores era una vez a la semana. Se afeitaba, sobre todo, los viernes por la noche y los sábados, después del trabajo, hasta las doce o la una de la madrugada. Podían juntarse en la barbería una veintena de vecinos. Tenían un chapero y, en orden de llegada, se iba dando la vez dándole vuelta a las chapas, blancas y rojas, de la 1 a la 30, con lo que se podían organizar y saber cuántos les precedían.

El tiempo que solía tardar en cortar a máquina era entre 15 y 20 minutos. Para afeitar “si me los daban remojaos, 2 o 3” (sus hijos realizaban esa tarea).

Curiosidades. Anécdotas

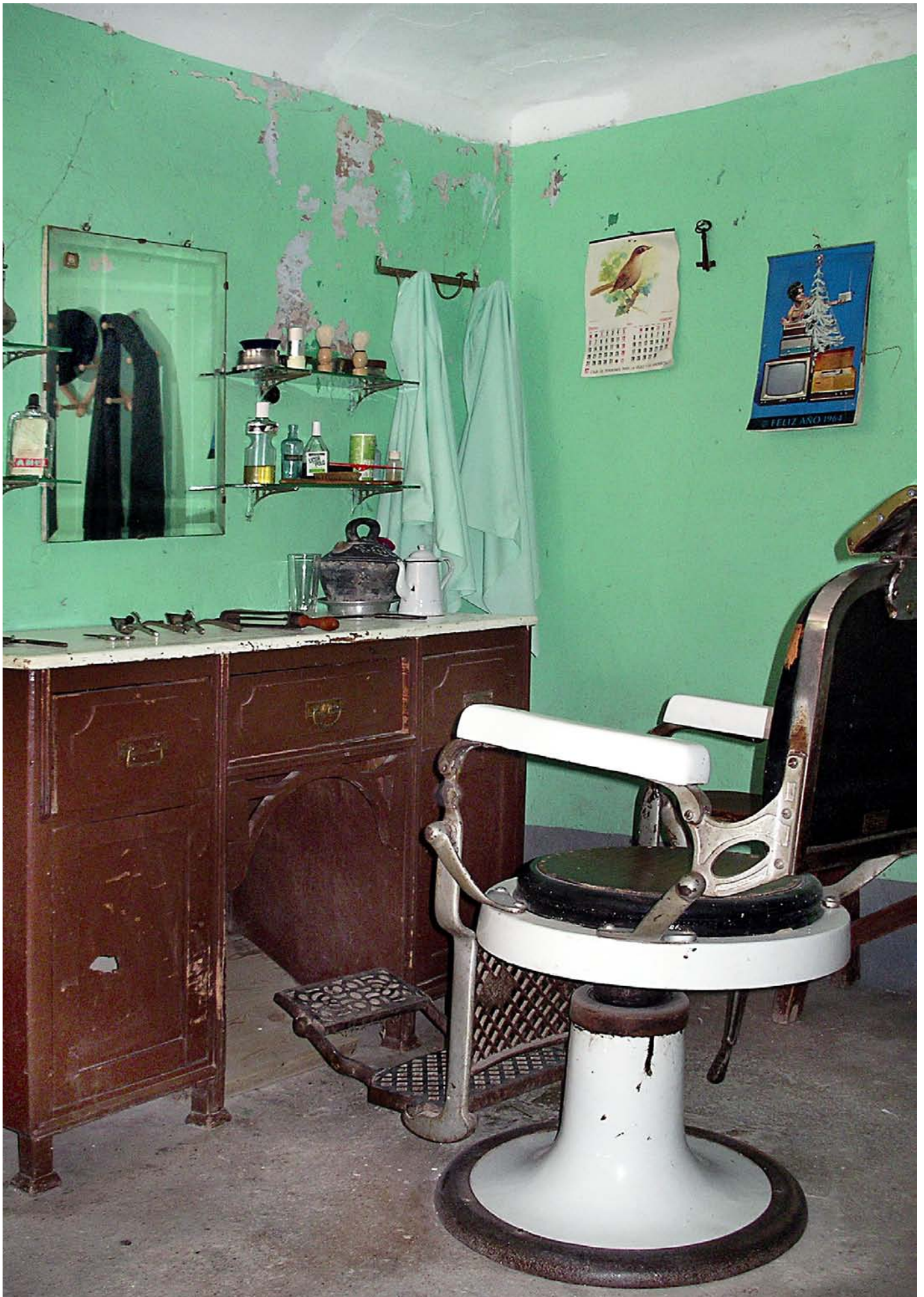
- En la barbería se charraba, se opinaba sobre lo acaecido en la semana.
- En Alloza, con las colectividades, los tres barberos estaban juntos, en la plaza. Quien quería afeitarse iba al sindicato, sacaba un vale y se hacía el servicio.
- En la mili, en Zaragoza, primero en San Gregorio, luego en Capitanía y al final en Hernán Cortés, Pablo estuvo de barbero: “Yo he arreglado a todo el Estado Mayor”. Había gente que aprendía el oficio para tener “una mejor mili”.
- Con frecuencia, los restos de la barbería eran reclamados por los agricultores para combatir las alimañas que destrozaban sus cosechas. El olor del pelo humano causaba una invisible barrera capaz de ahuyentar al más voraz tajugo.
- En Andorra contamos con una barbería en la colección Ángel García Cañada. Los objetos son de la barbería de Francisco Féliz Blasco y el sillón grande, del padre de Bautista Antorán, que se lo regaló a Ángel.



Pablo Loscos Burillo, barbero de Alloza, nuestro informante.



Máquinas de cortar el pelo de la barbería de Alacón.



Barbería de Francisco Andreu Burillo, en Alacón.